

patriotas de toda mezcla con el pueblo bajo. Entre los tuaregs occidentales hay, sin embargo, algunos jeques negros ó por lo menos mulatos; tales los encontramos, por ejemplo, en Ardchicho. Sus rasgos fisonómicos, y en este punto las mujeres se distinguen de una manera muy especial, tienen más semejanza con los europeos que con los árabes; pero la belleza del sexo femenino á menudo maravillosa es, como hace notar un buen observador francés, de aquellas á las cuales la educación no ha impreso un sello distinguido. Hay en este pueblo algunos aunque pocos ojos de color claro. En medio de la variedad que ofrece el traje de los tuaregs, sorprenden siempre la severidad con que se ajusta al cuerpo y el cuidado con que se procura que éste quede completamente tapado, excepción hecha de las manos, de los pies y de la punta de la nariz: en esto los tuaregs no sólo se distinguen de los negros tan relajados bajo este concepto, sino que puede decirse que exceptuando á los hiperbóreos de los países más fríos á quienes los rigores del clima obligan á cubrirse el cuerpo con gruesas vestiduras, habrá pocos pueblos que se vistan tan completa y constantemente como el que nos ocupa, á lo cual ha contribuido la sequedad y variabilidad extremas del clima de este territorio. A este propósito merece recordarse la siguiente frase de J. Richardson hablando de Ghat: «El frío era tan intenso en esta parte del Sahara, que por miedo al mismo nunca pude desnudarme.» Los elementos de su traje son la camisa (*tobe*), los calzones y el paño del rostro (*litham*), igual en todas las tribus y consistente en un pañuelo con el cual se da dos vueltas á la cara de modo que queden tapados los ojos, la boca y la barba, saliendo únicamente la punta de la nariz; este paño está también arrollado á la cabeza y á las sienes y como, además, va unido á un velo que descende por detrás de aquélla, constituye el tocado completo del targi. De estos lithames los hay de color índigo y blancos que llevan respectivamente los nobles y los plebeyos, derivando de esto las denominaciones de «tuaregs negros» y de «tuaregs blancos» con tanta frecuencia empleadas. Esta costumbre de taparse el rostro que en esta ó en otra forma encontramos también en otras tribus del desierto y que se extiende hasta muy adentro del Sudán, pero que sólo aquí aparece con el carácter de general y ha echado hondas raíces en las costumbres del pueblo, tiene nominalmente un objeto religioso, cual es, taparse la boca que el targi repugna dejar ver; pero casi puede asegurarse que el objetivo práctico, á saber, defender los ojos contra la finísima arena del desierto que tan fácilmente produce inflamaciones y el rostro contra el viento, es anterior al religioso que luego vino á agregársele. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el tuareg se quita lo menos posible este paño con que se cubre la cabeza y el rostro, lo cual es hijo de su carácter, puesto que no se lo quita ni siquiera en el extranjero: los tuaregs que varias veces han estado en París lo llevaban siempre puesto, incluso para comer y para dormir. El hecho de llevar este paño constituye el rasgo etnográfico más diferencial de este pueblo, al que ya los primeros árabes que con él estuvieron en contacto designaron con los nombres de *molathemin*, tapado con velo, ó de *ahel-el-litham*, gentes del velo. El tuareg no se quita el litham ni siquiera delante de su mujer. Un joven targi refería en Ghat al viajero inglés Richardson lo siguiente: «Cuando de regreso de un viaje llegué á mi casa y me encontré con mi mujer, adelantéme hacia ella y la contemplé con avidez pero sin descubrir mi rostro: no dejé completamente cubierto mi rostro y me senté tranquilamente junto á ella esperando con paciencia á que empezara á hablar. Cuando habló, hablé yo también porque enton-

ces supe que quería hablar. Es muy inconveniente presentarse á su mujer con la cara destapada.» Las mujeres tuaregs no se tapan el rostro ni aun después de haber abrazado este pueblo el islamismo; este hecho extraño sólo puede explicarse por la circunstancia de que su existencia aislada hace menos necesario cubrirse esta parte del cuerpo. La mujer disfruta en este pueblo de mayor libertad que entre los árabes y otros islamitas, mezclándose en las conversaciones y en los asuntos de los hombres, siendo muy de notar que, por lo menos en las tribus de sangre pura, no abusa, al parecer, de esta libertad. En cambio, en las tribus meridionales y occidentales abundantemente mezcladas con sangre negra, la moralidad de las mujeres deja mucho que desear á causa de la inconstancia de los hombres y de la poligamia. Dejando esta digresión sobre relaciones sociales y volviendo al traje, diremos que ricos y pobres y casi puede decirse hombres y mujeres llevan la misma clase de vestiduras; las variantes consisten en la mayor ó menor cantidad de tela de algodón en ellas empleadas y parecen depender más bien de la mayor ó menor aseabilidad de las telas que del gusto ó de la costumbre. La mayor parte de las telas de algodón de los tuaregs son ó blancas ó azules oscuras, siendo preferidas á todas las demás las de los territorios haussas, especialmente de Kano, á lo cual puede atribuirse el que los habitantes de las comarcas fronterizas de Haussa lleven las camisas (*tobes*) y los calzones anchos y arrugados al paso que las tribus orientales suelen llevarlos estrechos y sencillos. El paño de la cabeza y del rostro, constituye el tocado completo: el pelo se lleva muy corto en la coronilla y por los lados ó por detrás descendiendo formando una ó dos trenzas; á los niños se les corta dejándoles una especie de cresta. Cubre el cuerpo una larga camisa ó una túnica más corta en forma de blusa, una y otra de color blanco, y la holgada camisa que sobre ella se pone es el *tobe* azul de los habitantes del Sudán y ostenta los mismos adornos que éste. Los calzones también de tela de algodón azul del Sudán, son anchos y se van estrechando hasta llegar á los tobillos, de modo que se parecen mucho á los calzones de los antiguos celtas. El traje de las mujeres consiste en dos ó tres camisas largas de algodón atadas á la cintura por medio de un cinturón de lino encarnado; para tapar y especialmente para envolver la parte superior del cuerpo, usan un lienzo blanco ó encarnado ó con listas rojas que se ponen sobre aquellas prendas interiores. En la cabeza llevan arrollado un pedazo más ó menos rico de tela de algodón ó de hilo. Los ricos de ambos sexos visten á veces trajes lujosos y caprichosos que copian de los árabes. El calzado así de los hombres como de las mujeres consiste en recias sandalias en su mayor parte procedentes de Kano.

Los adornos escasean mucho en este pueblo y están limitados á las mujeres, las cuales usan sortijas, brazaletes de cristal y de plata y cuentas de cristal: los brazaletes de piedra que los hombres llevan en el brazo, sólo á medias pueden ser incluídos en el número de aquéllos. Bary hablando de los tuaregs occidentales, enumera una porción de extraños adornos usados por ellos, tales como brazaletes de arcilla hechos con una tierra fina especial y otros de serpiente: estos últimos son iguales á los que llevan los guerreros para parar los golpes.

Los tuaregs son un pueblo guerrero: los varones nunca abandonan las armas que forman parte del traje diario y que consisten en la espada, la lanza y el puñal, todas ellas fuertes y macizas, lo cual hace que sean muy superiores á las de la mayor parte de los negros. La espada es recta, larga y de ancha hoja y se parece mucho á la antigua es-

pada del verdugo; la lanza es toda de hierro ó se compone de una larga punta adherida á un asta de madera de korna; el puñal es generalmente todo de hierro, con un mango corto envuelto en alambres (véase el grabado del tomo I, pág. 328), y se lleva atado con una correa á la muñeca izquierda, de modo que el mango mire hacia afuera y la hoja hacia el antebrazo. Este sistema de llevar el puñal, arma de la que casi nunca se separan, era en un principio exclusivamente peculiar de los tuaregs, pero actualmente se ha extendido fuera de su territorio, hacia el Sudán occidental, por ejemplo (véase el grabado de la pág. 240). Los fusiles eran todavía en 1840 un arma rara entre los tuaregs de Ghat, á pesar de la actividad mercantil que les caracteriza; pero hoy día están muy generalizados. Estas tres armas no deja de llevarlas ningún personaje noble ó libre, quienes usan igualmente los escudos de cuero. Para la caza se emplean, como en Darfur, maderas arrojadas parecidas al bumerang. El arco y la flecha son las únicas armas que usan las humildes tribus montañosas de Haggari incluídas en el número de los siervos (*imrihad*): el armamento de las clases sometidas á las gentes libres es mucho más pobre que el de las clases elevadas. Este pueblo considera como arma un objeto que á nosotros nos parece más bien adorno, á saber, el brazaletes de piedra que llevan en el brazo los hombres en cuanto son aptos para el servicio de las armas y que se supone sirve para parar los golpes: la piedra de que está hecho es la serpiente verde, procedente del país de los asgares y de los auelimmidas, y el trozo aplicado á este objeto es ancho y pulimentado. Todos los tuaregs, excepción hecha de los marabutos, llevan estos brazaletes y los tienen en tanta estima que nunca ó rara vez le es dado á un viajero hacerse con alguno de ellos: lo notable es que este adorno ó arma no se encuentre entre ninguno de los vecinos de este pueblo. La dirección guerrera de los tuaregs acusa una organización militar superior á la de los tиббús: de la misma manera que entre los árabes, la organización social en tiempo de paz está calculada para las contingencias de la guerra.

La sucesión hereditaria dentro de la línea femenina, no se limita entre los tuaregs á las familias de los príncipes, sino que informa la vida de toda la población, puesto que en Ghat, por ejemplo, las mujeres y no los hombres son los verdaderos poseedores hereditarios. Aunque la población es en su mayor parte mora, la mayoría de las casas pertenecen á las mujeres á quienes les son regaladas por sus amigos ó parientes el día de la boda ó corresponden por derecho de herencia: esto explica en parte por qué en este país la condición de la mujer es mucho mejor que en otros países mahometanos. Batuta, describiendo esta costumbre de la sucesión hereditaria dentro de la línea femenina con relación al pueblo berberisco de los twalates del Sahara occidental, dice: «Hasta ahora sólo había encontrado esta costumbre entre los idólatras de Malabar, en la India.» Pero esta afirmación no es exacta por lo que toca á nuestros conocimientos, porque tal costumbre la encontramos además, no sólo entre los tиббús sino también entre los nubios y los berberiscos; es más, por toda el Africa vemos reminiscencias de esta preferencia de la mujer, especialmente en lo que atañe á la sucesión dentro de las familias reinantes.

Anteriormente hemos hablado ya de las ciudades de los tuaregs, cuyas son la mayor parte de las grandes villas del desierto, puesto que el Sahara oriental, excepción hecha de Fessán, tiene muy pocas. Pero aun esas grandes ciudades son de muy escasa importancia, así es que á pesar de poseerlas los tuaregs, no serán nunca un pueblo de ciudades como los haussas. El oasis de Ghat que contiene la

ciudad más notable de todas las de los tuaregs es pequeño, no pasando su perímetro de una milla alemana: el espacio que ocupan las huertas no es tampoco muy grande, y en cuanto á la ciudad la impresión que produce dista mucho de acusar gran importancia. A pesar de la abundancia de piedra que caracteriza á los terrenos circundantes y de que no falta en ellos la cal, las casas están construídas con barro y la poca madera que en ellas se emplea es de palma datilera, único árbol que prospera en aquel país: estas viviendas causan así interior como exteriormente el efecto de edificios ruinosos; en ellas no encontramos la brillante blancura que caracteriza á las de las ciudades costaneras, sino que conservan el color natural del limo secado por el sol que una copiosa lluvia fácilmente disolvería. Una sola torre de mezquita merece el nombre de minarete. Las murallas que circuyen á la ciudad no tienen más de tres metros de altura y sus seis puertas no pueden ser sólidamente cerradas. Al Sud se extiende un arrabal formado por unas 60 casas de barro y al Oeste una aldea compuesta de algunas diseminadas cabañas de paja de palma. En el centro de la ciudad hay la plaza mercado de forma cuadrangular, que es el centro de la vida comercial, del gobierno y de la magistratura. Una de las particularidades características de las ciudades del desierto que también nos ofrecen, aunque en menor grado, las de la costa son las ingeniosas cerraduras de madera cuyas llaves consisten en un pedazo de madera con varias clavijas en uno de sus extremos á las cuales corresponden otras tantas cavidades de la cerradura, estribando la dificultad de abrir en la disposición á menudo muy complicada de unas y otras. Por regla general no es tarea fácil el manejo de estas cerraduras, siendo precisa una gran práctica para entenderlas.

En las ciudades en donde el comercio y el tráfico ejercen gran influencia en la vida de los habitantes, el conocimiento de la lectura y de la escritura está muy extendido. Richardson exagera indudablemente cuando dice «que toda la población de Ghat y de Ghadamés sabe leer y escribir,» pero no cuando añade que los ghadameses se vanaglorian de que sus hijos varones aprenden todos sin excepción la lectura y la escritura, pues esta aseveración se halla confirmada por otros muchos testimonios. En las ciudades del desierto se han creado á este objeto escuelas nocturnas, y hace ya 30 ó 40 años no se podía transitar de noche por las calles de una ciudad, bajo otros conceptos quizás poco floreciente, sin oír recitar en tono monótono á los chiquillos que hacinados en reducidos locales aprendían al unísono y de memoria el Alcorán que es para ellos el abecé, el libro de los preceptos, el abecedario, el manual de la piedad y, en suma, el compendio de todos los conocimientos.

Aun cuando uno de los caracteres de los tuaregs es su fraccionamiento en infinidad de tribus ó clanes, demuestran por otra parte su cohesión no sólo la comunidad de idioma sino también la identidad del nombre que se dan á sí mismos y la del que á su idioma aplican. Los asgares se denominan á sí propios *imohages*, los haggares y los auelimmidas *imojares*, y los naturales de Air *imajirhes* y todos ellos dan á su lengua el nombre de *temahaq* ó *temajeq*: estas denominaciones son las mismas que volvemos á encontrar entre los berberiscos marroquíes que tienen para sí y para su idioma las palabras *imaziq* (en plural *imaziges*) y *tamazig* respectivamente. Entre los antiguos se nos aparece este nombre en los *mazyeres* ó *mazikeres*; y que su significado ha sido siempre el mismo, nos lo demuestra la concordancia existente entre las antiguas descripciones y las actuales circunstancias.

Los tuaregs del Norte se dividen en asgares (*asjer*) y

haggares (*hoggar*), que habitan al Este aquéllos y al Oeste éstos, á los cuales se agregan al Sud los kelowis ó keluis. Cada uno de estos grupos tiene su centro natural como los tибbús en la cordillera Tibesti: los haggares ocupan el centro de la cordillera Haggar, los asgares la parte meridional



Bolsa de cuero de labor, argelina.
(Colección Etnográfica, Stockolmo.)

de la misma y los oasis que delante de ella se extienden y los kelowis el país montañoso de Air, siendo estos últimos los que más avanzan en su territorio pues según Bary abarca éste desde Ashagar al Este hasta el pozo de Engisján al Oeste: en la actualidad dominan también Bilma, que pertenece al jeque de Asanares. Los kelowis se diferencian de los asgares y de los haggares mucho más que estos dos grupos entre sí. Los tuaregs establecen grandes diferencias entre estos miembros de su pueblo: los de Ghat (asgares) son designados como los más genuinos representantes del carácter propio de este pueblo del desierto, es decir, como audaces, resistentes, reservados en su trato, parcos en hablar, caballerescos y no faltos de inteligencia para el comercio; los que más se parecen á ellos son los de Tuat, pero los de Air son más afeminados y más suaves sólo una pequeña parte se ha quedado en sus antiguas residencias, pues la mayoría de ellos hanse establecido entre los kelowis y algunos en los valles de Mabruk, tan ricos en palmeras, que se extienden junto al camino de Timbuktu; los segundos, ó sea los hadanaras, han emplazado sus residencias al Sud de los asgares propiamente dichos, entre los imrades, y han abrazado la vida errante de salteadores.

cesidad de diseminarse por vastos espacios y por último la rivalidad de las familias produjeron fraccionamientos, que en tiempo de Duveyrier habían hecho de una catorce tribus. Hay un hecho que demuestra hasta qué punto llega esta división y es el de que las gentes de Ghat admiten dentro de ellos mismos dos distintas tribus: 1.ª la de los *ihadjenes*, que á su vez se subdividen en *ait tedjena hanas*, *ait el mojtars* y *ait hamulles* y 2.ª la de los *kel rhapsas*; una y otra proceden de Tynilkum. Estos cuatro grupos pretenden haber llegado después de la época del profeta á Ghat anteriormente habitado por los *imekameses* y los *kel tellekes*.

Digamos algunas palabras, antes de terminar, sobre las interesantes tribus de los asgares y de los haggares. La de los asgares del territorio meridional de Haggar, es decir, una parte de los haggar-tuaregs, constituye una aristocracia guerrera formal que no puede poner en pie de guerra más allá de 500 hombres: componiase en su origen de cinco familias con 30 subdivisiones denominadas *feias*, y ejerce su soberanía en un territorio de muchos millares de millas cuadradas. Las relaciones recíprocas entre estas cinco familias pintan perfectamente el desarrollo y las relaciones internas de estos grupos de una misma tribu unidos patriarcalmente. La más numerosa, la de los uraghes, que en tiempo de Barth contaba unos 150 cabezas de familia, debió constituir antiguamente una potencia compacta ya que lleva su nombre uno de los principales dialectos del *targi* ó *temajirt*: algunas fracciones de ella habitan en la orilla septentrional y en las islas del Níger (ó Isa) y otrarama se ha establecido con carácter de sedentaria en Ghat. Mucho más pobre y menos numerosa es la segunda familia, la de los imananges, cuyos individuos llevan todavía el nombre de *amanokales*, es decir, los de regia estirpe, por más que ahora se encuentren reducidos á la mayor miseria y á un número sumamente exiguo: en cambio la poesía popular no ha olvidado la belleza de sus mujeres, que es celebrada en cantares al igual que la riqueza de Túnez, la ciencia de Ssuk y las rosas de Tuat. De la tercera pequeña familia, ó sea la de los manghassatas, sólo sabemos que generalmente emplaza sus ligeras tiendas de cuero ó sus chozas de caña en el valle de Sersúa. Las dos últimas familias, la de los ifogas y la de los hadanaras, están diseminadas por todo el desierto y completamente apartadas de la comunidad de los asgares propiamente dichos: de los primeros sólo una pequeña parte se ha quedado en sus antiguas residencias, pues la mayoría de ellos hanse establecido entre los kelowis y algunos en los valles de Mabruk, tan ricos en palmeras, que se extienden junto al camino de Timbuktu; los segundos, ó sea los hadanaras, han emplazado sus residencias al Sud de los asgares propiamente dichos, entre los imrades, y han abrazado la vida errante de salteadores.

Estos imrades no son, en el fondo, otra cosa que la clase esclava de los asgares, que viven á costa de ella á pesar de poder estos siervos reunir un número de guerreros diez veces mayor que sus señores: la condición de aquéllos respecto de éstos se parece mucho á la de los ilotas con relación á los espartanos pero se ha suavizado algo, comparativamente con la de otras tribus de los tuaregs, gracias á que sus amos se han hecho en parte sedentarios trocando la tienda de cuero por la choza de caña, con lo cual han perdido la gran preponderancia que siempre da el nomadismo de la raza dominante sobre la sedentariedad de la raza esclava. Los asgares, además de lo que sacan de estos siervos, viven del tributo que perciben de las caravanas y que no deja de ser una abundante fuente de ingresos siendo como es Ghat uno de los primeros mercados del Sahara

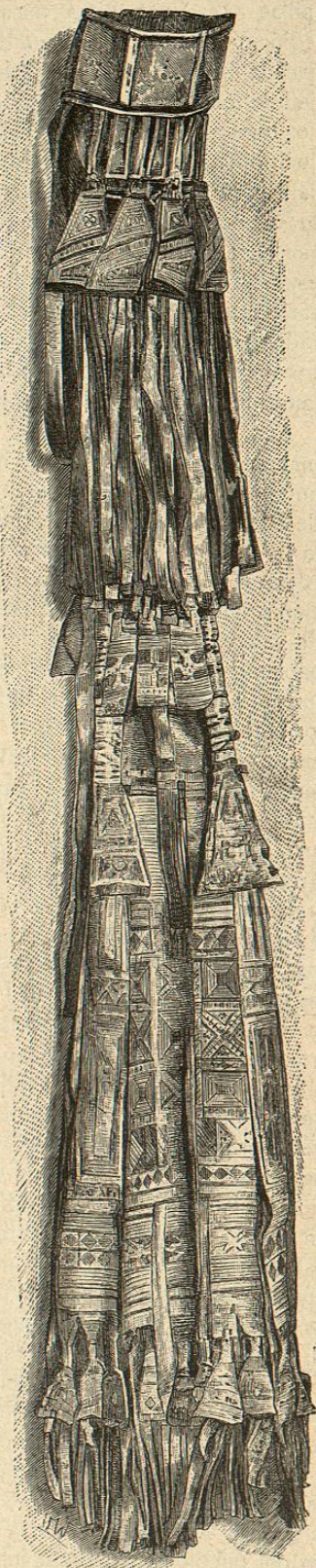
occidental. Ghat puede ser considerada como el centro del país asgar y como una importante plaza del comercio del Sahara central; pero así como los asgares no son comerciantes por su cuenta sino mediadores y protectores de comercio, así también su capital no puede ser comparada con Ghadames ó Mursuk, sino que ha de ser considerada como un mercado cuya importancia está limitada á la época en que llegan á ella, para proceder á los cambios propios de la primavera, los géneros provenientes de Mursuk, Ghadames, Insalah y Air.

El territorio de Air, ó de Asben, es un país excesivamente montañoso con algunas alturas de 2.000 metros de elevación entre cuyas hondonadas corren fértiles valles de romántica belleza, Barth quedó encantado de estos oasis y del marco de montañas que los circunda, colosal, terrible más que agradable y más bien que rico, agreste y árido. Bary al aceptar la calificación de «país alpino del Sahara» que Bart hace del territorio de Air, añade que el centro de gravedad del mismo debe radicar en el Sahara: en el valle de Tiggeda, el más bello de cuantos vió, situado al Norte del majestuoso cono del Dogem, encontró el ancho lecho arenoso del río que alimentan las lluvias, cubierto de exuberantes y frescas hierbas formando céspedes tan bellos como los de Europa: los surcos laterales aparecían totalmente llenos de frondosas mimosas y arbustos del desierto tales como el *taborak* (*Balanites*), el *abisga* (*Capparis*) y otros. Numerosas bandadas de palomos y de cuando en cuando algún esbelto antilope *Mareia* dan vida á este cuadro apacible. En el agreste desfiladero de Egeri hay un limpio lago circundado por muros de rocas que parecen paredes artificiales y sobre este valle se alza una verdadera muralla construída por la mano del hombre, una «ruina de un castillo» como algo eufémicamente la denomina Barth. Las futuras investigaciones tienen aquí material de sobra para estudiar la historia de los pueblos del Sahara; este territorio está lleno de restos de una antigua edad de piedra y Bary oyó hablar en Ardchicho de antiguas casas de piedra inhabitadas existentes en Bagzen y de inscripciones grabadas en las peñas de Air.

Igual interés ofrecen los actuales habitantes, puesto que por un lado nos encontramos con la indudable mezcla de una gran cantidad de sangre negra en una buena parte de los mismos, mezcla que llega hasta el punto de que los de color más oscuro de entre ellos, según Bary los kelowis de Tintagheda, por ejemplo, están mucho más expuestos á enfermedades que los tuaregs de color claro y sus mujeres son propensas á una gordura extraordinaria, y por otro lado vemos adoptadas por ellos una porción de palabras haussas que hacen que este idioma se extienda por el territorio del desierto y hasta muy adentro de éste. Además de esto quizás no haya otra tribu de los tuaregs que tenga tantas reminiscencias de una época antigua y más pura, encontrándose mujeres «completamente blancas» entre los kelowis de Ardchicho los cuales hablan también de una tribu blanca como ellos mismos que se llama de los irwarwares. En virtud de antiquísima costumbre berberisca llevan algunos kelowis el cabello atado de tal manera que por los lados les caen dos rizos. Estos pueblos construyen todavía túmulos con círculos de piedra formados con losas verticales, y Bary encontró habitadas en Ardchicho casas enigmáticas de pedruscos y arena exteriormente cubiertas con una capa de cal y tan pequeñas que fácilmente se confundían con aquéllas. En presencia de esta notable rama de los tuaregs, de este pueblo fronterizo que tiene un pie puesto en la antigüedad berberisca y otro en el pueblo de los haussas del Níger, tan elevado desde el punto de vista

de la cultura material, adquiere nueva importancia aquella tradición de los tuaregs según la cual Es Suk fué una ciudad en otro tiempo importante situada entre Inchala y Gogo, edificada por los negros y luego conquistada y engrandecida por los tuaregs hasta que los negros de Gogo la reconquistaron y destruyeron: en ella los tuaregs pagaban un tributo de cuarenta doncellas blancas á los negros y éstos á su vez entregaban á aquéllos cuarenta doncellas negras.

El islamismo ha tendido un espeso velo sobre las primitivas ideas religiosas de los tибbús y de los tuaregs siendo en la actualidad en extremo difícil formarse una idea de una antigua religión en medio del confuso conjunto de supersticiones que en este punto existen y que indican las más diversas procedencias. En un pueblo como este, que por necesidad había de atender tanto á cuidados é intereses terrenales, era sumamente difícil que pudiera formarse un sistema religioso completo: además, la influencia del islamismo sobre una religión no escrita y basada únicamente en tradiciones orales había de ser por precisión destructora, es decir, que los pueblos del desierto fueron islamitas de nombre pero no adoptaron ninguna de las formas de la religión de Mahoma. El mahometismo impone á sus adeptos infinidad de deberes: la plegaria, las abluciones, los ayunos del Rhamadán, la peregrinación á la Meca, y la limosna; «¿cómo es, pues, posible — pregunta Duveyrier — que los tuaregs cumplan estos preceptos obligatorios? La oración y la peregrinación exigen tiempo, los ayunos y la limosna presuponen superabundancia y los tuaregs no tienen ni aquél ni éste.» Al decir de este viajero, apenas se encontrarían entre los tuaregs del Norte 30 que hayan estado en



Bolsa de cuero, de labor argelina.
(Colección Etnográfica, Stockolmo.)